

EL POSIBLE SIGNIFICADO HISTÓRICO-POLÍTICO DE LA TERCERA GRAN DEPRESIÓN

Urs Müller-Plantenberg

El sistema capitalista mundial ha entrado en un nuevo período de gran depresión, período éste de *onda larga* y de estancamiento relativo en el cual las crisis cíclicas de la producción y el comercio son más agudas y más largas que en los períodos de *onda larga* y expansión.

¿Cuáles son o podrían ser los efectos de este nuevo período de crisis sobre la correlación de fuerzas dentro de las distintas economías nacionales, sobre las relaciones entre ellas y sobre la relación entre economía y política?

La primera gran depresión (1873-1896) condujo a la estructuración de *capitalismos organizados* nacionales en el centro, en tanto que la solución de los problemas creados por la segunda (1914/18-1939/45) se encontró en el aumento de las funciones del Estado.

El auge del capitalismo en el centro al término de la segunda guerra mundial, explicable en tiempos de recuperación y reconstrucción, se profundizó y prolongó por factores especiales.

Al entrar en la tercera gran depresión, esos mismos factores profundizan la crisis, sin que esta vez se adviertan soluciones que impliquen una alternativa al capitalismo.

En la América Latina la estrategia de la industrialización por sustitución de importaciones, que le asignó al Estado el mismo papel que los estados del centro habían representado por muchas décadas, fracasó antes que éstos entraran en la tercera gran depresión.

¿Una solución a la chilena? Quizá no. En Chile se viene aplicando una política orientada a estimular la oferta —impuesta ya desde hace tiempo por el Fondo Monetario Internacional a muchos países subdesarrollados— de una manera tan radical que está llevando a una desorganización sistemática del capitalismo organizado.

Precisamente, un posible resultado de la tercera gran depresión en que el mundo ha entrado puede ser la "desorganización del capitalismo organizado". Entre tanto, en la política de los países del centro se vienen operando cambios fundamentales. Dos claros ejemplos nos los ofrecen los gobiernos de Margaret Thatcher y Ronald Reagan.

"Ahora todos somos keynesianos."

Richard Nixon, 1972

"Hace siete años, nos encontrábamos casi solos en el mundo, en nuestra firme posición anticomunista frente al imperialismo soviético, y en nuestra definida opción por un sistema económico social de mercado, contrario al estatismo socializante que prevalecía en el mundo occidental . . .

Hace siete años estábamos casi solos. Hoy formamos parte de una tendencia mundial categórica. Y yo les digo a ustedes: Señores, no es Chile el que ha cambiado en sus planteamientos!"

Augusto Pinochet en la última parte de su discurso al asumir la presidencia de Chile por un nuevo período, el 11 de marzo de 1981.

Es indudable que estamos viviendo en un período de una nueva gran depresión del sistema capitalista mundial o, como Ernest Mandel y otros dirían¹, en un período de onda larga con una tónica de estancamiento relativo, un período entonces en el cual las crisis cíclicas de la producción y del comercio se vuelven más duras y más largas que en los períodos de onda larga con una tónica de expansión.

No nos interesa aquí entrar en la discusión metodológica sobre la investigación de los llamados ciclos Kondratieff², ni tampoco discutir la fecha exacta en que había empezado el último ciclo. Para los fines de este ensayo basta saber que, a principios de los años ochenta del siglo XX, nos encontramos en medio de una gran depresión. Ahora, lo que nos interesa saber es cuáles son o podrían ser los efectos de este nuevo período de crisis sobre las correlaciones de fuerza dentro de las distintas economías nacionales, sobre las relaciones entre ellas y sobre la relación entre economía y política. Es decir, queremos llegar a formular unas tesis sobre el posible significado histórico-político de la nueva gran depresión.

Para tal efecto es imprescindible echar una mirada hacia los dos primeros períodos largos que entre los historiadores del capitalismo desarrollado son conocidos como grandes depresiones, a saber, el último cuarto del siglo pasado (entre 1873 y 1896, más exactamente) y el tiempo entre las dos (primeras) guerras mundiales (entre 1914/18 y 1939/45). Es imprescindible porque, primero, permite ver que cada una de estas grandes depresiones ha dejado como resultado profundos cambios cualitativos en la organización social de las sociedades capitalistas y en la estructura del mercado mundial. Y segundo, porque

el mismo contenido de estos profundos cambios cualitativos debe determinar, de un modo u otro, el posible significado histórico-político de la gran depresión actual.

I. La primera gran depresión de 1873-1896 y sus resultados

Ea la primera mitad de los años setenta del siglo pasado terminaba una época que, con razón, ha sido llamada "el apogeo del capital"³. En los años después de las revoluciones de 1848, el capitalismo industrial experimentaba un auge nunca antes conocido, no sólo en Gran Bretaña que además seguía siendo el centro del comercio mundial creciente, sino también en Estados Unidos, en Alemania y en otras naciones europeas. Este auge se produjo sobre la base del uso y desarrollo sistemático de tecnologías ya largamente conocidas, del carbón como fuente principal de energía, del hierro y acero como material principal para la construcción de máquinas y de la máquina de vapor como máquina principal de movimiento. Fue acompañado, además, por una revolución en el sistema del transporte con la construcción de una red de ferrocarriles de miles de kilómetros en todo el mundo y un aumento enorme de la navegación a vapor. Esta revolución del transporte permitía una integración creciente de muchos países coloniales y semicoloniales en el mercado mundial capitalista, en la medida en que llegaban a ser productores y exportadores de materias primas para la producción industrial y para la alimentación de la población en los países industriales. Los salarios relativamente bajos hacían posible una tasa de ganancia bastante alta. El libre comercio y una política de no intervención del Estado en la economía aparecían como garantías para una expansión económica sin interrupción. Si bien el liberalismo político no había llegado a conquistar el poder político de las manos de fuerzas conservadoras en la mayoría de los países europeos, y esto en buena parte por su miedo natural a una revolución social, los principios del liberalismo fueron generalmente aceptados por los gobiernos que sólo se reservaban el derecho de garantizar algunos privilegios de la aristocracia que les parecían importantes.

En el período de la primera gran depresión cambia la historia. La depresión se desarrolla en los distintos países industrializados como una secuencia de varias crisis de sobreacumulación sobre la base de las viejas tecnologías del carbón y de la máquina de vapor, mientras las nuevas tecnologías basadas en la electricidad, el motor de combustión y ciertos procesos químicos no estaban todavía suficientemente desarrolladas para permitir toda una ola de grandes inversiones lucrativas que cambiaran toda la base técnica del sistema productivo. Este período se caracteriza, entonces, por una tasa de ganancia relativamente baja. Con todo, el producto industrial sigue creciendo en todas partes, aunque con un ritmo más lento que en la época anterior. Los efectos de las crisis son mucho más graves para la agricultura que tenía que competir con las importaciones de ultramar.

Los cambios más profundos e importantes, sin embargo, tenían que ver con el rol que el Estado empezaba a jugar en la economía. Con la sola excepción de Gran Bretaña, que co-

mo centro mundial del comercio mantenía el libre comercio e intervenía sólo con unas leyes sociales en las relaciones industriales, todas las otras naciones en proceso de industrialización adoptaban políticas que ya entonces fueron caracterizadas y denunciadas por todas las fracciones del liberalismo como un "proteccionismo colectivista" peligroso. Para proteger el capital nacional y la agricultura, para paliar los "costos sociales" de la crisis capitalista y para evitar así una revolución social como se la había conocido recientemente en la comuna de París de 1871, los Estados empezaban a asumir nuevas funciones que antes no les habían correspondido. No sólo garantizaban, a partir de entonces, las precondiciones generales de la reproducción del capital, sino que determinaban también las condiciones concretas. Estaban lejos todavía de ser los grandes inversionistas, promotores y empresarios como hoy los conocemos, pero sí actuaban en la protección arancelaria, en la construcción de obras públicas de infraestructura, en la organización del seguro social, en la protección de los obreros en las minas e industrias. Y no deben olvidarse los efectos que una política de armamento creciente y las conquistas de colonias tenían sobre la economía de la mayoría de los países en proceso de industrialización.

La política económica llegaba entonces a ser una de las principales preocupaciones del Estado. Pero como se economizaba la política, así también se politizaba la economía y con ella toda la sociedad. En la medida en que el Estado intervenía en la economía, los representantes de los distintos intereses económicos y los grupos sociales se veían forzados cada vez más a organizarse para poder presionar mejor sobre el Estado para que interviniera en su favor o para que, por lo menos, no lo hiciera en contra de sus intereses. Así surgieron en este tiempo las grandes asociaciones gremiales de la industria, de la agricultura, de la minería, de la banca, de los empleadores, de los productores de determinadas mercancías, del comercio, los sindicatos obreros fuertes, los movimientos de masa organizados, los partidos políticos modernos. Fue el inicio de todo un proceso de lo que la nueva ciencia de la sociología iba a llamar "democratización fundamental", pero mediatizada desde el principio por una fuerte tendencia hacia la burocratización que parecía necesaria para cumplir las tareas de las organizaciones frente al Estado capitalista y a las organizaciones de otras clases sociales.

Este cambio fundamental del papel del Estado significaba también que el Estado nacional llegaba a ser el espacio natural no sólo para las decisiones políticas en el sentido más estrecho, sino también para el desarrollo capitalista, el espacio desde el cual el capital nacionalmente organizado trataba de conquistar la parte del mercado mundial que le parecía justa y necesaria. Si juntamos a este hecho de la organización nacional del capital el proceso de concentración y centralización de capital que fue provocado por la depresión y que conducía a la formación de grandes oligopolios y "trusts", además el peso creciente del capital bancario y su fusión con el capital industrial en el capital financiero, tenemos en fin como resultado del período de la primera gran depresión, casi todo el panorama de lo que, veinte años más tarde, Lenin nos ha descrito como capitalismo monopolístico en la fase imperialista del desarrollo capitalista mundial.

Preferimos, sin embargo, el concepto del "capitalismo organizado", usado primero por Rudolf Hilferding, un concepto que, más allá de la organización del capital nacional bajo la hegemonía del capital financiero, incluye una fuerte participación del Estado en la planificación y en el desarrollo de la economía y, además, un alto grado de organización social⁴.

II. La segunda gran depresión 1914/18-1939/45 y sus resultados

Los años que transcurren entre el fin de la primera gran depresión y la Primera Guerra Mundial se caracterizan, entonces, por la competencia entre varios capitalismo (nacionalmente) organizados, dentro de los cuales el uso y desarrollo sistemático de las nuevas tecnologías por los grandes conglomerados económicos, la creciente productividad del trabajo y el aflujo de materias primas relativamente baratas desde la periferia del sistema capitalista mundial, permitían una tasa de ganancia bastante alta y un crecimiento económico que no estaba previsto por los teóricos marxistas y que fomentaba, hasta cierto punto, la integración de la clase obrera en las sociedades y en los Estados nacionales. Al lado de Gran Bretaña se establecían las nuevas potencias capitalistas (e imperialistas): Estados Unidos, Alemania, Francia, el Japón y, en un grado menor, también Italia, Austria, Rusia y otras naciones.

Este nuevo auge del capitalismo termina, como sabemos, con la Primera Guerra Mundial que, otra vez más, reforzó las características del capitalismo organizado. Hasta Gran Bretaña se ve obligada a adoptar medidas de un "socialismo de guerra" que significaban, en el fondo, un acercamiento a la organización social de los otros capitalismo nacionales. Pero los cambios del capitalismo británico no fueron suficientes para impedir que de la guerra imperialista surgiera otra fuerza hegemónica en el sistema capitalista mundial: Estados Unidos.

Los resultados inmediatos más importantes de la guerra fueron otros, sin embargo:

Primero, la Revolución Rusa de 1917, que no sólo marginaba a este país grande del sistema capitalista mundial, sino que mostraba también en qué peligro real estaba, por lo menos en Europa, el modo mismo de producción capitalista.

Y, segundo, la segunda gran depresión, una nueva secuencia de crisis cíclicas que culminaría en la llamada crisis económica mundial de los años 1929 a 1933. A diferencia de la primera gran depresión, la nueva traía consigo no sólo una baja de la tasa de ganancia, sino también una baja de la tasa de crecimiento del producto industrial, una caída enorme del volumen del comercio mundial, la destrucción del sistema monetario mundial basado en la libra esterlina y un aumento enorme del desempleo, que se sentía aún más grave porque desde la guerra los Estados Unidos habían empezado a frenar y controlar la inmigración y a proteger así su mercado de la fuerza de trabajo. El sistema capitalista mundial parecía realmente amenazado, no sólo desde afuera, sino también desde adentro.

No es necesario detenerse aquí en las consecuencias políticas que esta situación provocaba en los distintos países capitalistas industrializados. Sólo es de mencionar que tanto el fascismo en sus más diversas expresiones como la democracia de masas, a pesar de las enormes diferencias que existan entre estas formas burguesas de dominación política, quedaban dentro de los márgenes del capitalismo organizado, mejor dicho: fueron resultados de distintas tendencias del desarrollo de este capitalismo organizado.

Así se explica que, después de la crisis del año 1929, prácticamente todos los estados capitalistas hayan adoptado medidas de política económica que correspondían a las ideas de John Maynard Keynes y que significaban otro aumento enorme de la intervención del Estado en la economía. Hay que constatar aquí que la famosa teoría general de Keynes se basaba en algunos supuestos básicos que en la realidad de los años treinta, cuando la formulaba, estaban dados en todas partes. Un aumento del empleo y una política de pleno empleo por la creación de una demanda adicional (y hasta artificial) por el lado del Estado debían ser posibles sin provocar tendencias inflacionarias bajo el supuesto de una economía cerrada, estacionaria y con un fuerte control de precios y salarios o, por lo menos, con un alto grado de disciplina de empresarios y sindicatos. Esta situación estaba, más o menos, dada en los años treinta. Y esa política podía funcionar todavía en economías abiertas y crecientes si los gobiernos de todos los países capitalistas importantes la empleaban igualmente, y mantenían el mismo grado de disciplina en cuanto a la cantidad del dinero. Y con esta consideración ya nos acercamos a las condiciones del auge del capitalismo después de la Segunda Guerra Mundial.

III. El largo período de la prosperidad

Que haya habido un nuevo auge del capitalismo en los países del centro del sistema mundial capitalista, después de la Segunda Guerra Mundial, no tiene nada de milagroso. Existía una clase obrera con un nivel promedio muy alto de calificación que sólo tenía que ser empleada para garantizar un rápido aumento de la producción. Existía además un progreso técnico, acumulado en treinta años de crisis y de guerra, que sólo tenía que ser usado y desarrollado sistemáticamente para ampliar aún más el aparato productivo. Las nuevas tecnologías de la electrónica y de los sintéticos, como también el uso generalizado del motor de combustión, ofrecían grandes posibilidades tanto para aumentar la productividad del trabajo por la vía de innovaciones en los procesos de producción como para aumentar el empleo por la vía de la creación de toda una gama de siempre nuevos productos (y la creación científica de las necesidades correspondientes entre los consumidores para poder vender estos nuevos productos).

Una tasa mayor de crecimiento por un mejor empleo de una clase obrera calificada existente y por el uso sistemático de un progreso técnico acumulado, es característica tanto para un período de recuperación después de una onda larga de depresión como también para un período de reconstrucción después de una catástrofe o una guerra. En los países donde la Segunda

Guerra Mundial destruyó una parte significativa del aparato productivo, coincidieron entonces el período de recuperación y el período de reconstrucción. Así se explican las tasas altas y a veces muy altas de crecimiento de la producción industrial en los países capitalistas centrales después del año 1945.

Pero estos factores no son suficientes para explicar la dimensión y la duración del nuevo período de prosperidad. Hay otros factores adicionales.

Un primer factor ha sido la ampliación enorme de la actividad del Estado en la economía. El bienestar social bajo la forma de pleno empleo y de una red de seguridad social llegaba a ser una de las preocupaciones principales de la política económica del Estado social y benefactor. Esta política redistributiva del Estado, aprobada por el keynesianismo, posibilitada por las tasas relativamente altas de crecimiento y adicionalmente impulsada por la competencia con los llamados Estados socialistas y por las presiones de la clase obrera en la democracia de masas, garantizaba, aun para las fases cortas de coyuntura descendente, una estabilidad política y un mínimo de demanda que disminuyeron considerablemente los riesgos para los inversionistas. El Estado incrementaba también enormemente las inversiones en grandes obras de infraestructura (carreteras, centrales de energía eléctrica, etc.) que hacían del uso masivo y creciente de siempre nuevos productos (automóviles, aparatos eléctricos, etc.), no sólo una posibilidad real para la gente común y corriente, sino también una necesidad cultural socialmente aceptada.

Bajo la presión de los más distintos grupos sociales que exigían una participación mayor en el producto creciente, la política económica orientada hacia la estabilización y el aumento de la demanda global no significaba que había alzas y bajas de la demanda estatal según las coyunturas. Lo más que se podía era detener la demanda estatal en tiempos de coyuntura ascendente para aumentarla otra vez en tiempos de coyuntura descendente. El financiamiento de esta demanda estatal creciente era posible sólo en la medida en que se incrementaban la tasa real de impuestos en los tiempos de alza coyuntural o el endeudamiento del Estado. El resultado de todo este proceso era lo que Ernest Mandel llama la "hipertrofia del Estado burgués", según él una característica necesaria del capitalismo tardío⁵, es decir, un sector público enorme y creciente con fuertes tendencias de burocratización sin que existan posibilidades de un control democrático real. La política económica destinada a asegurar así la combinación de crecimiento con redistribución de ingresos, de estabilidad monetaria con pleno empleo, sin embargo, podía no sólo funcionar mientras la reconstrucción y la recuperación aseguraban tasas altas de crecimiento, sino también reforzar y prolongar, hasta cierto punto, el período de prosperidad.

Un segundo factor para explicar la dimensión y la duración del nuevo auge del capitalismo central después de la Segunda Guerra Mundial era la apertura de las economías hacia el mercado mundial. El creciente intercambio libre de mercancías, capitales y tecnologías permitía una mayor especializa-

ción en la división internacional del trabajo y un mayor aprovechamiento de la producción en gran escala, por las grandes empresas transnacionales en que se transformaron las viejas empresas oligopólicas nacionales. Había, sin embargo, dos campos en los cuales se mantenía un alto nivel de proteccionismo. Uno era el mercado de trabajo: la inmigración de trabajadores desde los países semiperiféricos y periféricos sólo fue tolerada en la medida en que se necesitaba fuerza adicional de trabajo para mantener el nivel de actividad sin poner en peligro el pleno empleo. Una inmigración mayor podría haber sido aprovechada por los empresarios para bajar los costos salariales, pero hubiera significado costos mucho mayores en el sistema de seguridad social. Frente a la alternativa de o mantener en lo posible el pleno empleo y la efectividad del sistema de seguridad social o declarar la libertad del mercado internacional de trabajo, los políticos de los países centrales del sistema mundial capitalista no tenían muchas dificultades para decidirse. La creciente desigualdad entre las situaciones del mercado de trabajo en los países centrales y en los países periféricos, tenía como consecuencia una diferenciación cada vez mayor de los salarios a escala mundial para los obreros poco calificados y no calificados, una especialización de las economías centrales en las ramas de producción de intensidad de capital alta y un intercambio crecientemente desigual de horas de trabajo entre las economías centrales y las economías periféricas.

Otro campo donde se mantenía un alto nivel de protección era la agricultura. Esto también tenía que ver con la política de pleno empleo. Para garantizarles a los campesinos un ingreso suficientemente alto para retardar su entrada masiva en el mercado de trabajo de la industria y de los servicios, se fijaron precios altos para los productos de la agricultura, con el resultado de una sobreproducción creciente sobre la base de una productividad altísima por hora de trabajo y por hectárea. Esta sobreproducción tiene que ser o destruida o vendida por debajo de los precios del mercado mundial, o regalada dentro del marco de los programas en contra del hambre en el mundo. Esta política, aparentemente absurda en términos estrictamente económicos por el doble costo que significa tanto para los consumidores como para los contribuyentes, tenía, sin embargo, efectos que contribuyeron aún más a la prolongación del período de prosperidad en el centro, en la medida en que destruyeron capacidades de posibles competidores en este campo y abarataron así aún más los otros productos comercializados por los países periféricos.

Lo que ha permitido entonces la concentración creciente de la estructura internacional de ingresos no ha sido ni una política general de librecambio, ni tampoco una política general de proteccionismo, sino una política como Dieter Senghaas la propone para un desarrollo autosostenido de los países subdesarrollados, a saber, una "disociación selectiva" del mercado mundial por parte de los países del centro⁶.

Un tercer factor que contribuyó a la prolongación del período de prosperidad en el centro del sistema mundial capitalista ya se ha nombrado: los bajos precios de las materias primas y, especialmente, el petróleo, por mucho tiempo ultrabarro, que, como fuente de energía y como materia prima, tenía suma importancia para las industrias más dinámicas de la

época: la industria automotriz, la industria eléctrica y la industria química. Sobre la base del precio bajo del petróleo se planificaba el progreso técnico, se desarrollaban las fuerzas productivas y se estructuraba todo el crecimiento económico. La creencia ciega en la unilinearidad del progreso técnico, según la teoría de la "revolución técnico-científica", conducía también a los llamados países socialistas a desarrollar las fuerzas productivas según los mismos criterios de los países capitalistas avanzados. No es de extrañarse entonces que los países subdesarrollados que carecían de petróleo diseñaran su industrialización de la misma manera.

Como un cuarto factor que puede explicar la dimensión y la duración del último período de prosperidad en el centro del sistema mundial capitalista, podría mencionarse el hecho de que por un tiempo bastante largo eran indiscutidas la hegemonía de la economía de Estados Unidos en el sistema capitalista mundial, la estabilidad del sistema monetario sobre la base del liderazgo del dólar como moneda de reserva y como medio internacional de pago y, por último, la disponibilidad de una cantidad suficiente de dólares para garantizar el funcionamiento sin dificultades del mercado mundial creciente.

IV. Los principios de la tercera gran depresión

Los mismos factores que, por cierto tiempo, habían ayudado a profundizar y prolongar el período de prosperidad en las economías centrales, eran los que provocaron y agravaron la crisis cuando desaparecieron definitivamente las tasas altas de crecimiento, características de los tiempos de reconstrucción y recuperación: los déficit permanentes en la balanza de pagos de Estados Unidos destruyeron la confianza en el dólar y en el funcionamiento estable del sistema monetario internacional, lo que ayudaba a desencadenar procesos inflacionarios poco controlables en todas partes.

El uso ilimitado y hasta el despilfarro del petróleo ultrabaratado llevaron a los gobiernos de los países exportadores de esta materia prima, a darse cuenta de que ellos poseían el monopolio de un recurso a la vez limitado e imprescindible para el patrón de crecimiento seguido en todo el mundo. Aumentaron entonces el precio del petróleo en una medida nunca antes conocida con las consecuencias previsibles para la balanza comercial de los países importadores.

El pleno empleo y la protección del mercado de trabajo provocaron aumentos salariales más allá del crecimiento de la productividad del trabajo, lo que conducía a las empresas de las ramas de producción industrial con intensidad alta de trabajo a trasladar su producción a otras partes del mundo donde se pagan salarios más bajos⁷.

Las mismas políticas de librecambio amenazaron con volverse en contra de los países avanzados en la medida en que las empresas y los bancos transnacionales en sus políticas de inversiones se independizaran de sus países de origen.

La política de una demanda estatal creciente permitió que capitales "ineficientes" y menos productivos no fueran

destruidos en cantidades suficientes para mantener una tasa alta de ganancia promedio.

Los subsidios para la agricultura, los costos incontrolables de las obras públicas de infraestructura y los costos altos y crecientes de la red de seguridad social significaron un incremento cada vez mayor del gasto público, que hizo que aumentaran tanto los impuestos como los déficit fiscales y el endeudamiento del Estado, con todas las consecuencias e implicaciones que esto tiene para la tasa de ganancia y para el nivel de precios.

Además, en el largo período de la prosperidad se había legislado en muchas materias bajo el supuesto de que tasas altas de crecimiento y pleno empleo podrían mantenerse para un futuro indefinido, con la consecuencia de que con la baja del crecimiento y con el aumento del desempleo los efectos redistributivos tenían que crecer desmesuradamente. Esta situación pone entonces al Estado ante la alternativa de o seguir con los beneficios redistributivos y poner así en peligro el crecimiento, o seguir una política de crecimiento y ofrecer buenas oportunidades de inversión y a la vez cortar la redistribución. Es la disyuntiva ante la cual se encuentra especialmente la socialdemocracia europea, que más que otras corrientes políticas se ha identificado con la política económica del keynesianismo. En el primer caso, el Estado aparece como irresponsable ante la burguesía y las clases medias que saldrán para invertir en otras partes donde los intereses sean más altos, los impuestos más bajos y las expectativas de ganancias mejores. En el segundo caso crea el descontento masivo entre los receptores de ayuda social y de subsidios. En los dos casos (y también en el caso del intento de tomar un camino intermedio) el Estado aparece como el responsable de los efectos que la crisis tiene para la vida cotidiana de la gente. Pero no sólo esto. Mientras que en las grandes depresiones anteriores enormes partes de la clase obrera y de las capas de menores ingresos habían señalado al sistema capitalista mismo como el responsable de las crisis, hoy responsabilizan de la misma crisis al Estado ineficiente y crecientemente burocrático que no logra ser suficientemente capitalista para funcionar bien como Estado social. Es esta la razón por la cual parece poco probable que las crisis capitalistas de la tercera gran depresión desemboquen en una crisis del capitalismo.

Para que así sea, sería necesaria, más allá de las crisis capitalistas, la posibilidad real y visible de un modo de producción alternativo que corresponda mejor a las necesidades concretas de la clase obrera. Esto era el caso en las grandes depresiones anteriores cuando el futuro socialista o la Revolución rusa ofrecían grandes esperanzas en comparación con la miseria en que vivían los obreros y los desempleados. Los llamados países socialistas de hoy no ofrecen este tipo de perspectivas para la clase obrera de los países centrales del sistema mundial capitalista. Y esto no sólo por el hecho de haber adoptado el mismo tipo de organización del proceso productivo que los empresarios capitalistas, con las necesidades inherentes para el desarrollo de las fuerzas productivas⁸ (y con peores resultados en términos cuantitativos), sino también porque se habían in-

sertado de tal manera en el mercado mundial y en la división internacional del trabajo⁹, que han sido tocados y afectados por la nueva gran depresión casi en el mismo grado que las economías centrales, y a veces más. Es ilustrativo que la crisis económica ha llegado a grados mayores precisamente en Rumania y Polonia, los dos países en cuyo comercio internacional el intercambio con los países capitalistas representa el mayor porcentaje. Los acontecimientos de Polonia en 1980 han demostrado además a los obreros de Europa occidental que el partido que dirige el proceso económico y político en nombre de la clase obrera no es de ninguna manera el intérprete fiel de las necesidades directas y concretas de la gran masa de los obreros y de la población en general.

El llamado "socialismo realmente existente" no es entonces para los obreros de los países del centro una alternativa real al modo de producción capitalista. Y los proyectos de los llamados grupos "alternativos" (ecologistas, "verdes", etc.), tampoco lo son porque los modos de producción que propugnan ellos son más bien complementarios del modo de producción capitalista. Mientras no exista entonces una alternativa real y visible al capitalismo, es probable y hasta seguro que los cambios cualitativos que son de esperar de una gran depresión y que están destinados a solucionar los problemas que con ella aparecen, sean cambios que se muevan dentro del esquema capitalista. Pero antes de entrar en la discusión de estos cambios que ya se anuncian, es necesario echar una mirada al desarrollo del capitalismo en América Latina en los últimos cincuenta años.

V. Los intentos de industrialización en América Latina

Al principio la industrialización por la vía de sustitución de importaciones en varios países latinoamericanos no correspondía a una política deliberada y planificada, sino que era una posibilidad y una necesidad frente a la grave situación del comercio mundial después de la crisis de los años 1929 a 1933. La baja enorme de las exportaciones debilitaba el poder social de los exportadores de materias primas y de la llamada burguesía compradora en un grado suficiente para cambiar la correlación de fuerzas en favor de una burguesía industrial, que podía crecer porque gozaba de la protección que ofrecían primero la misma gran depresión y después la Segunda Guerra Mundial. Pero dentro de relativamente pocos años se desarrollaba con esta situación un proteccionismo deliberado y planificado con una intervención creciente del Estado en la economía, un proteccionismo "colectivista" que, a partir de la fundación de la CEPAL, podía contar con la bendición y fundamentación teórica de los pensadores desarrollistas de esta institución internacional de gran prestigio.

No es necesario ni tampoco posible analizar aquí todo el proceso de industrialización por sustitución de importaciones. Lo que nos interesa es el hecho de que en este proceso han confluído en el lapso de unas pocas décadas todas las tendencias que en los países avanzados habían nacido poco a poco, durante todo un siglo, como respuestas prácticas a exigencias concretas provocadas por las grandes depresiones, y esto bajo las circunstancias agravantes de la dependencia política,

económica, financiera y tecnológica y del atraso de las fuerzas productivas en grandes partes de la agricultura. Dentro de pocos lustros fue desarrollándose así un "capitalismo organizado" con todas las características arriba descritas, pero con un Estado que, ya casi desde el principio, asumía muchas funciones más que el típico Estado europeo antes de la Primera Guerra Mundial. Para cumplir su papel en este proceso, el Estado tenía que ser no sólo protector de la industria y constructor de obras públicas, sino también promotor de la industrialización, gran inversionista, gran empresario, gran empleador, distribuidor de beneficios sociales y ejecutor de una política coyuntural de corte keynesiana.

Este proceso de industrialización era poco problemático todavía mientras se trataba de substituir la importación de bienes para el consumo de masas, producidos con tecnologías poco sofisticadas que suponían además un uso relativamente intensivo del trabajo. Pero en la medida en que la industrialización en los distintos países entraba en la fase de la producción de bienes de consumo durable para un mercado interno reducido y con altos costos de capital, empezaron los problemas. El patrón de industrialización conducía a altos costos de producción con dificultades para alcanzar escalas de producción. Mantenerlo significaba altos déficit fiscales, un endeudamiento externo creciente y presiones inflacionarias cada vez mayores. Pero los problemas no quedaban en lo puramente económico. En la medida en que la política económica llegaba a ser la preocupación fundamental del Estado, se politizaba la economía y se economizaba la política. Los sindicatos, los gremios profesionales, las asociaciones de empresarios y los partidos políticos crecían, se fortalecían y formaban alianzas para poder presionar mejor sobre el Estado en defensa de su participación en la distribución del producto económico. Había así un proceso de democratización con fuertes tendencias nacionalistas y socialistas, al mismo tiempo que, por el mismo desarrollo económico, se aceleraba enormemente la urbanización, acompañada por la marginalización de grandes partes de la población. Esta situación hacía que los revolucionarios del mundo viesan, en los años sesenta y principios de los setenta, en América Latina el escenario de un triunfo cercano del socialismo.

Se puede decir que los análisis que los críticos de izquierda (con su enfoque de dependencia) hacían sobre la inviabilidad de esa estrategia proteccionista de industrialización, coincidían bastante con los que hacían los economistas liberales, sólo que había una diferencia fundamental: para los primeros la crisis del modelo significaba la crisis final del capitalismo en la periferia del sistema mundial, de un capitalismo que ya se había debilitado tanto que, con un poco más de decisión en la lucha, las masas podrían derrotarlo, mientras que los segundos analizaban la crisis del modelo como una crisis del "estatismo socializante", como hoy lo llama Pinochet.

Ahora, lo que nos interesa para los fines de este ensayo es el hecho de que, primero, la estrategia de la industrialización por la vía de la sustitución de importaciones juntaba en sí las principales características que, en cuanto a la relación entre Estado y economía capitalista, se habían desarrollado en el centro

del sistema capitalista mundial; y, segundo, que este intento de industrialización capitalista planificada fracasó y se agotó (con las posibles excepciones del Brasil y de México) antes de que los primeros efectos de la tercera gran depresión se hicieran sentir plenamente en el centro. Así, las soluciones que en América Latina se han encontrado para superar el empate ya eran conocidas y podían servir de pautas cuando los países del centro entraran en el período de la tercera gran depresión.

VI. La solución a la chilena

Con ironía, el Fondo Monetario Internacional ha sido un organismo internacional diseñado por el mismo Keynes, un organismo que ha hecho más para impedir que la política de superar crisis coyunturales por un aumento de la demanda estatal, sea empleada en todas partes. La política orientada a estimular la demanda como la había propuesto Keynes, suponía como contraparte un equilibrio externo de las distintas economías nacionales, y el FMI era el organismo encargado de organizar que los países con un desequilibrio externo volvieran rápidamente al equilibrio. Pero en la medida en que el desequilibrio externo llegaba a ser crónico en muchos países subdesarrollados que intentaban industrializarse, el FMI exigía programas cada vez más duros en el sentido de bajar los gastos públicos, permitir la libre importación de capital y mercancías, reducir los costos salariales, etc., etc. Como los análisis del FMI eran decisivos para la solvencia de estos países, sólo les quedaba la posibilidad de seguir sus instrucciones para asegurar el flujo necesario de nuevos créditos.

En realidad, los programas impuestos por el FMI a las economías subdesarrolladas en desequilibrio nunca han sido otra cosa que una política orientada a estimular la oferta en vez de la demanda, una política, entonces, cuyas consecuencias sociales son bien conocidas en una gran parte del mundo y que sólo en los países del centro del sistema mundial capitalista puede ser vendida como el último grito de la ciencia económica, como la nueva alternativa al keynesianismo.

Cuando fracasaron las estrategias de industrialización por sustitución de importaciones en muchos países latinoamericanos, el único camino para mantener estos países dentro del sistema capitalista era imponerles esta política orientada hacia el lado de la oferta. Y en varios países esto no ha sido posible sino con un golpe militar.

El caso de Chile es el más interesante y el más importante para nuestras consideraciones. Y esto no sólo porque el desarrollo social y político anterior al golpe de Estado había llevado a un intento serio de reemplazar el funcionamiento capitalista de la economía por algo distinto, sino, sobre todo, porque el equipo económico ultraliberal y monetarista del gobierno militar ha sabido imponerse rápidamente dentro del bloque de poder que existía después del golpe de 1973 y ha podido así extender su poder de decisión mucho más allá de la pura política económica para reestructurar de la manera más consecuente (y exitosa según sus criterios) tanto la economía como el Estado y la sociedad.

El objetivo central de estos economistas chilenos bajo el liderazgo de Sergio de Castro y Alvaro Bardón y bajo la protección del presidente Pinochet, no es reemplazar una política económica por otra, sino terminar, hasta donde sea posible, con cualquier tipo de política económica del Estado. El objetivo central es lo que podríamos llamar la "desorganización" del capitalismo organizado para crear una "sociedad libre" (en el sentido como el *Wall Street Journal* usa este término), en la cual la libertad económica irrestricta de cada uno sea la base de todas las otras libertades.

Muchas veces se ha insistido en que en el caso del régimen militar chileno se combina un ultraliberalismo manchesteriano en lo económico con un antiliberalismo extremo en lo político. No es así. El régimen militar chileno es ultraliberalista en cualquier sentido. Según la ideología de sus dirigentes políticos, la tarea principal del Estado consiste en "proteger" al individuo en contra de las organizaciones sociales y políticas que en vez de ayudarlo sólo buscarían suprimir su libertad y personalidad. Para garantizar esta protección del individuo, el Estado debe estar decidido a no ceder ante ninguna presión de fuerzas sociales organizadas. Esto significa que su autoridad en ningún caso se debe basar en un sistema de legitimación que a las organizaciones sociales y políticas les permita ganar fuerza e influencia y así poder presionar sobre el Estado. El Estado además debe estar suficientemente armado, capaz y dispuesto a reprimir cualquier intento de renacimiento de organizaciones que busquen reforzar las tendencias "socializantes" del pasado. Pero la represión directa no es el único factor que juega en el debilitamiento de las organizaciones económicas y sociales. Cuando el Estado no se deja influenciar por ninguna presión, las organizaciones que han sido creadas para presionar sobre el Estado y que se han fortalecido con sus éxitos necesariamente pierden fuerza. Se produce esa atomización de la sociedad, ese "efecto de aislamiento"¹⁰ que son característicos de todas relaciones sociales estrictamente económicas que no se traducen también en relaciones sociales y políticas.

Lo que se intenta lograr en Chile es la deseconomización del Estado y la desestabilización de la economía, la despolitización de la economía y la deseconomización de la política. Todas las llamadas "modernizaciones" en la economía, en el Estado y en el sistema social son interpretadas clara y declaradamente en este sentido.

La estrategia de la no intervención del Estado en la economía tiene la ventaja de aparecer como socialmente neutral. Naturalmente, no lo es. Admite abiertamente el desempleo y reducciones salariales y disciplina así a los sindicatos, admite el libre comercio y altas tasas de interés y destruye así los capitales "ineficientes", reduce los impuestos sobre los altos ingresos y corta drásticamente el gasto público y crea así las bases para una tasa alta de ganancia en el largo plazo. Es decir, favorece a unos y desfavorece a otros. Favorece a los más ricos, a los más hábiles, a los que saben moverse, a los más rápidos, a los que pueden distribuir sus riesgos, a los que manejan mejor la especulación. En pocos años esta política ha llevado a una concentración enorme de los ingresos y a una centralización increíble del capital en las manos de unos pocos grupos económicos que

combinan intereses en todos los departamentos de la economía¹¹.

Toda esta política se presenta en el tono de una patética y triunfante revolución capitalista, una segunda revolución burguesa que esta vez no se dirige en contra de los privilegios feudales, sino en contra de los privilegios que el Estado capitalista en los últimos cien años ha repartido y distribuido entre los grupos sociales. Es una revolución antisocialista en el sentido más amplio de la palabra, donde antisocialismo significa "oposición en contra de todas las intervenciones directas del gobierno en el mercado, sean quienes sean en cuyo interés se ejerzan tales intervenciones", como lo formula Friedrich August von Hayek, el ideólogo actualmente preferido por los economistas chilenos en el gobierno¹².

Entre los éxitos que han tenido los llamados "Chicago boys" chilenos, el más importante es el respaldo total e irrestricto del capital financiero internacional que premia así los intentos de elevar la tasa de ganancia por medio de la desorganización sistemática del capitalismo organizado.

VII. La desorganización del capitalismo organizado como posible resultado de la tercera gran depresión

Hasta el año 1979 los casos de Chile y de otros países que aplicaban políticas monetaristas semejantes aparecían como casos exóticos que no tenían nada que ver con la situación en los países del centro del sistema mundial capitalista. En una conferencia, dada en el año 1975 en Gran Bretaña, Eric Hobsbawm daba por absolutamente seguro que en el futuro ya ningún gobierno de un país industrial podría permitirse el lujo político de hacer una política que provoque una vuelta al desempleo masivo, como había existido entre las dos guerras mundiales¹³. Hoy en día ya existen en la misma Gran Bretaña casi tres millones de desempleados como resultado de la política económica de la señora Thatcher.

El primer susto después de la llamada crisis del petróleo de 1973/74 fue superado rápidamente. El reciclaje de los miles de millones de petro-dólares funcionaba satisfactoriamente y hasta mejor de lo que se había pensado. A pesar del costo elevado del petróleo importado, la República Federal de Alemania podía aumentar enormemente su superávit comercial en el año 1974. Todo el mundo hablaba del "modelo alemán" que demostraría al mundo cómo, con la participación activa del Estado, de las empresas transnacionales y de los sindicatos y con una política económica moderna de estilo keynesiano, podría conquistarse exitosamente un lugar privilegiado en la economía mundial¹⁴. Hoy, después del cambio en los gobiernos de Gran Bretaña y de Estados Unidos y después del segundo aumento drástico del precio del petróleo, las cosas ya no son así. En 1980, Alemania y el Japón son los países capitalistas avanzados con los mayores déficit en sus balanzas de transacciones corrientes. Los análisis que se han hecho sobre el "neocorporativismo", que sería algo como un "capitalismo superorganizado", aparentemente ya no valen. Lo que está de moda es una política que disminuye el papel del Estado, los gastos públicos, los impuestos, los subsidios, la protección, es decir, una política

económica que, según los protagonistas, tendría que estimular la oferta; que siempre se creará su demanda.

Resulta que para llevarla a cabo en una democracia burguesa es necesario ganar la mayoría del electorado y resistir a todas las presiones de las organizaciones sociales, vengan de donde vengan. Y Eric Hobsbawm y otros y todos hemos pensado que esto nunca será posible. Pero Margaret Thatcher y Ronald Reagan muestran que es posible. Dicen a todos los que quieren escuchar: "No reaccionamos frente a presiones." Ya con estas palabras debilitan a las organizaciones sociales que no pueden lograr nada para sus afiliados. El objetivo de elevar la tasa de ganancia en el largo plazo y de incrementar la eficiencia y competitividad de las empresas vale más que el respaldo electoral que desaparece. Además, quedan tres o cuatro años hasta las próximas elecciones. Más importante que la confianza del electorado es la confianza del capital financiero transnacional. El nuevo aumento del precio del petróleo ha incrementado enormemente la cantidad de petro-dólares para los cuales hay que ofrecer oportunidades de buenas ganancias. A diferencia de la situación de hace siete años, el reciclaje se muestra muy difícil. Faltan buenos deudores. Y los mejores deudores serán los que participen en la nueva revolución capitalista en contra del "estatismo socializante".

No es muy probable que los representantes de esta nueva revolución capitalista sean reelegidos en elecciones democráticas. Pero cuando dejen sus puestos en los gobiernos, sus países ya no serán lo que eran antes. Y los otros países tampoco, porque en la competencia por la confianza del capital financiero transnacional todos tienen que participar, quieran o no quieran. Las empresas transnacionales, los bancos transnacionales (y también los grandes exportadores del petróleo) se han independizado de tal manera de la política de los Estados centrales¹⁵ que ya no es posible ninguna política económica que se fundamente sobre los supuestos de una economía cerrada.

Puede ser que bajo el impacto de la crisis y bajo la presión de elecciones democráticas, algunos gobiernos busquen todavía proteger ciertas actividades en contra de los vientos del mercado mundial. Pero lo más probable es que a mediano plazo todos los países centrales del sistema mundial capitalista participen en la nueva revolución capitalista.

Parece entonces que el cambio cualitativo que es de esperar de la tercera gran depresión consistiría en la vuelta al capitalismo liberal del siglo pasado, en la desorganización del capitalismo organizado después de cien años de colectividad.

Sería interesante y quizás no demasiado difícil especular sobre el impacto que este tipo de desarrollo pueda tener sobre la distribución internacional de los ingresos. Pero resulta más importante y más urgente analizar qué importancia tienen dentro de la nueva revolución capitalista la política de armamento y la política exterior tan declaradamente anticomunista.

Quizás vale la pena volver a las fuentes del liberalismo económico. Adam Smith nos dice que hay sólo dos esferas donde el Estado puede y debe gastar cualquier cantidad de plata: la representación de la máxima autoridad del Estado y la defensa del país. Y los gastos en defensa crecen con el grado de la civilización que haya logrado el país, mientras la civilización es el producto de la libertad económica del país que hay que defender con más y mejores armas en contra de los menos civilizados. Según esta figura de pensamiento, para los ideólogos de la nueva revolución capitalista, los socialdemócratas estatizantes, los socialistas y los comunistas serían los menos civili-

zados que, para lograr un alto nivel de civilización, tendrían que ser liberados del dominio del totalitarismo amenazante.

Adam Smith creía en el progreso y en la expansión de la civilización y de la libertad económica. Una revolución capitalista no puede vivir sin pensar en su expansión hacia todo el mundo.

La primera gran depresión desembocaba en la Primera Guerra Mundial. La segunda gran depresión encontró su final en la Segunda Guerra Mundial. La tercera gran depresión...

27 de marzo de 1981

NOTAS

1. MANDEL, Ernest. *Der Spätkapitalismus*. Frankfurt am Main 1972; MANDEL, Ernest y WOLF, Winfried. *Ende der Krise oder Krise ohne Ende?* Berlín. 1977.
2. La revista *Review* ha dedicado todo un cuaderno a esta temática: *Review*. Vol. II. N° 4. Binghamton. 1979.
3. Véase el libro de HOBBSAWM, Eric J. *The Age of Capital*. London. 1975.
4. Estudios sobre el auge del capitalismo organizado en los principales países capitalistas entre 1873 y 1914 se encuentran en WINKLER, H. A. (ed). *Organisierter Kapitalismus, Voraussetzungen und Anfänge*. Göttingen. 1974.
5. MANDEL, Ernest. *Op. cit.*, p. 438.
6. SENGHAAS, Dieter. *Weltwirtschaftsordnung und Entwicklungspolitik. Plädoyer für Dissoziation*. Frankfurt am Main. 1977. Sobre la interrelación entre la distribución internacional de ingresos y el mercado internacional de trabajo, véase también mi artículo *Einkommensstruktur und Arbeitsmarkt international*, en *Prokla*. Número 42. Berlín. Marzo de 1981.
7. Véase el libro de FRÖBEL, Folker; JURGEN, Heinrichs y KREYE, Otto. *Die internationale Arbeitsteilung*. Reinbek. 1977.
8. Véase SINGER, Paul. *O que é socialismo, hoje*. Petropolis. 1980.
9. Véase GUNDE Frank, André. *Long Live Transideological Enterprise*, en *Review*. Vol. 1. N° 1, Binghamton. 1977.
10. POULANTZAS, Nicos. *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*. Méjico. 1969, p. 159.
11. Véase el libro de DAHSE, Fernando. *El mapa de la extrema riqueza*. Santiago. 1979.
12. VON HAYEK, Friedrich August. *ÜBER Gerechtigkeit, Drei Vorlesungen. Demokratie und Sozialismus*. Tübingen. 1977. A principios de 1981 von Hayek fue nombrado como presidente honorario del nuevo Centro de Estudios Públicos fundado por la plana mayor del ultraliberalismo chileno para extender el pensamiento económico al universo de todas las ciencias.
13. HOBBSAWM, Eric J. *Die Krise des Kapitalismus in historischer Perspektive*, en Fröbel/Jurgen/Kreye (ed.). *Krisen in der kapitalistischen Weltökonomie*. Reinbek. 1981, p. 50.
14. Véase por ejemplo mi conferencia en el seminario de CENDES 1977 sobre el Nuevo Orden Internacional.
15. Sobre la formación del capital financiero mundial y sobre el papel que para ella juegan los centros financieros internacionales, véase el libro de GOROSTIAGA, Xavier. *Los banqueros del Imperio*. San José. Costa Rica. 1978.